

los informativos muestran imágenes de los esfuerzos de hombres, mujeres y niños africanos por llegar a nuestro país en busca de mejores condiciones, en busca de una oportunidad. Aunque menos visibles que las pateras, los flujos de americanos, europeos orientales y asiáticos resultan también intensos. Desde el Centro de Documentación de la Emigración Española de la Fundación 1º de Mayo se viene desarrollando una labor de estudio tan rigurosa como necesaria que prueba la fragilidad de nuestra memoria y las notorias similitudes que pueden ser establecidas entre nuestro pasado reciente como trasterrados en busca de una vida más digna y el de quienes ahora buscan en nuestra tierra su futuro. Quizás para muchos de los contrarios a la regularización de mano de obra extranjera y a que sean acogidos como parte de la sociedad española, la observación de estas fotografías, de hace apenas cuarenta años, refresque la memoria, porque quien más quien menos ha tenido algún familiar ganándose el pan en un país extranjero.

Irene Díaz Martínez

SEOANE, María Cruz y SUEIRO, Susana, *Una historia de El País y del Grupo Prisa. De una aventura incierta a una gran industria cultural*, Barcelona, Plaza y Janés, 2004, 703 pp., ISBN 84-01-37894-X.

Hay que celebrar esta nueva obra de María Cruz Seoane, una de las pioneras de la historia del periodismo en nuestro país y coautora de la fundamental *Historia del Periodismo en España*, acompañada ahora por su hija, Susana

Sueiro, profesora titular de Historia Contemporánea en la UNED. Este libro viene a completar una rica cosecha de estudios sobre la prensa durante el franquismo y la transición a la democracia, con la aparición en los últimos años de numerosas monografías sobre periódicos concretos (del *Madrid* y varios diarios regionales a revistas como *Triunfo*, *Índice*, *Destino*, *Cuadernos para el Diálogo*), o bien de conjunto (las de J. Montabes Pereira sobre la prensa del Movimiento, I. Renaudet o I. Fontes y M. A. Menéndez sobre las revistas críticas, C. Barrera o E. Chuliá sobre el panorama de la información, la opinión pública y sus repercusiones políticas). Y lo hace con un detallado trabajo sobre el periódico de referencia para la transición y consolidación de la democracia, *El País*, un objeto historiográfico cuya importancia creo que no es necesario remarcar aquí.

El libro se abre con las difíciles gestiones para la autorización del diario, que se prolongaron desde 1971 hasta 1976, las características del proyecto y la personalidad de sus promotores, en particular Areilza y Fraga Iribarne. La ambigua posición de los dos, pero especialmente del segundo, ante el horizonte que se abría con la enfermedad de Franco no puede representar de manera más ejemplar el carácter de ese “tiempo de incertidumbre” donde los actores políticos más activos empezaban a tomar posiciones ante la crisis del franquismo, sin renunciar a esa indefinición – “neotacitismo” la llamó Marichal– característica del periodo final de la dictadura. Igual que la evolución del periódico de la mano de su joven director, Juan Luis Cebrián, y sus no menos jóvenes redactores (con una

media de edad de veintinueve años, p. 60) es casi un símbolo de la transición, de su ruptura más cultural que política, no sólo respecto al franquismo sino incluso a la cultura política de la oposición antifranquista.

De manera que el periódico pronto acabó combinando la gran pluralidad ideológica de sus colaboraciones externas (fueron muy pocas las columnas fijas) con una línea editorial pragmática, coherente y liberal, muy destacada dentro del conjunto, en la línea de los grandes diarios liberales de referencia que constituyen los “parlamentos papel” en las democracias occidentales. Y combinando, además, ese “centrismo” editorial y ese cierto desequilibrio ideológico de sus opinionistas habituales de los primeros años, a menudo más escorados hacia la derecha, con el progresismo sociológico y cultural de otras secciones, donde el lenguaje de los jóvenes redactores, de Umbral, Savater o Maruja Torres provocó desde el principio el rechazo de gran parte de sus fundadores.

Si estos últimos, con Ortega Spottorno y Julián Marías a la cabeza, habían querido retomar el espíritu de las grandes empresas periodísticas orteguianas, al final también ellos acabarían proclamando un “No es esto, no es esto” ante el descaro con que su periódico trataba muchos temas relevantes desde el punto de vista social, cultural y moral. Pero fracasaron en su intento de hacer valer el poder que la Ley de Prensa e Imprenta de 1966 daba a la Junta de Fundadores para velar sobre la pureza de los principios ideológicos originales, frente a la autonomía que el diario había adquirido gracias al apoyo de Jesús de Polanco a Juan Luis Cebrián. Las páginas sobre el tratamiento dado a los temas religiosos y la Iglesia católica

son esclarecedoras en ese sentido y, más allá, de la rápida secularización de la sociedad española; el periódico estuvo incluso cerca de patrocinar indirectamente una alternativa política radical, a semejanza de la italiana.

Al final, las afinidades electivas de El País estarían con el PSOE, apoyándole en su dura campaña de desgaste del gobierno de UCD a partir de 1979 (véanse, por ejemplo, los duros juicios de J. Pradera en p. 152 y ss.), algo que contrastaba con su actitud moderada y posibilista ante las iniciativas del rey y del presidente Suárez pese a su apuesta inicial por Areilza durante los primeros años de la transición. Eso sí, no cejó en su firme defensa de las libertades frente a la violencia, lo que pagó caro con un atentado mortal el mismo día que se aprobaba la Constitución en las Cortes, el 30 de octubre de 1978, y demostró una vez más con su valiente comportamiento la noche del 23-F de 1981.

La llegada al poder de los socialistas en 1982, acompañada de la victoria final tándem Juan Luis Cebrián-Jesús de Polanco dentro de PRISA, supuso, sin embargo, una especie de pérdida de la “virginidad” que había hecho del periódico una referencia indiscutible para buena parte de la sociedad española (el perfil del lector era joven, de clase media o alta, con estudios y progresista moderado) y que le había situado en la primera posición de la prensa nacional en cuanto a difusión, con 296.000 ejemplares de media en 1982 (p. 265). Como señalan las autoras, el diario tuvo dificultades en encontrar su sitio entre la función de vigilancia del ejecutivo —pues, aunque nunca apostó por el periodismo de investigación, sin

duda anduvo a remolque en la denuncia de casos como el GAL realizada desde otros medios, en particular El Mundo y ABC— y la instrumentalización política que éstos hicieron en su estrategia de desgaste contra el gobierno socialista. Muchos lectores lamentaron el cambio de lenguaje al Defensor del Lector, y lo harán aún más cuando El País baje al ruedo ibérico en defensa del gran imperio mediático en que se había convertido el Grupo PRISA durante la dura guerra desencadenada por esos mismos medios, esta vez con el descarado apoyo del gobierno del PP formado tras las elecciones de 1996.

La guerra mediática, digital y deportiva —no por sus formas precisamente, sino por los derechos del fútbol— da una trama apasionante para la última parte del libro, y pone de manifiesto una vez más la importancia clave que han adquirido los medios de comunicación en las democracias contemporáneas (ver al respecto Homo videns del premiado G. Sartori). Una guerra sucia que sigue todavía en curso, como podemos comprobar cada día, y que no ha dejado de salpicar a las propias autoras del libro. En cuanto a éste, se echa de menos el uso de información externa a las propias páginas escritas o las fuentes internas del diario y, sobre todo, no se entiende que una obra que parece haber renunciado a la interpretación —en la línea marcada por G. Imbert y J. Vidal Beneyto con su referencia dominante, o en cualquier otra— implícita y quizás justificadamente para abrirse a un público más amplio, se alargue de manera innecesaria en un análisis prolijo y poco relevante de algunos contenidos —no de otros, como el influyente Babelia— y en la narración de ciertas vicisitudes que en la distancia parecen hoy bastante coyunturales. Un lastre para un libro que, pese a todo,

consigue elevar el vuelo sobre otros estudios de historia del periodismo por la agilidad de su lenguaje, su amplia documentación y el innegable interés de sus contenidos.

Javier Muñoz Soro

GONZÁLEZ MADRID, Damián-Alberto, *La Falange manchega, 1939-1945*, Ciudad Real, Diputación Provincial de Ciudad Real, 2004, 381 pp., ISBN 84-7789-204-0.

Riguroso y exhaustivo análisis sobre la trayectoria histórica de Falange en la provincia de Ciudad Real durante la “etapa azul” del primer franquismo (1939-1945), la más fascista del régimen, este libro supera las estrictas fronteras historiográficas regionales para convertirse en un referente en el estudio sobre la implantación de la dictadura. Su autor figura entre los más destacados jóvenes investigadores del franquismo, con una continuada y consolidada trayectoria investigadora que, como ejemplifica en esta monografía —que sorprende sobremanera, ya que fue su primera investigación académica—, demuestra su diestra capacidad para la movilización de múltiples fuentes y planteamientos teóricos y bibliográficos, sin descuidar el estado de la cuestión y las amplias perspectivas analíticas que descubre para futuras investigaciones. Es, además, una investigación que supera con creces el «modesto ejercicio de recuperación de la memoria histórica» (p. 16), y un libro necesario, no sólo por lo que en él se aborda y por los reclamos de las